



PIERRE ANSART

SOCIOLOGÍA DE SAINT-SIMON

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

PIERRE ANSART

SOCIOLOGÍA DE SAINT-SIMON

INTRODUCCION

Durante el siglo XIX, la obra de Saint-Simon fue considerada sobre todo como una obra política, como un instrumento intelectual comprometido en los conflictos sociales. Después de la muerte de Saint-Simon, acaecida en 1825, sus discípulos, convencidos de que habían recibido unas enseñanzas capaces de resolver los problemas de su época, se agruparon para fundar una escuela y, poco después, una religión con el propósito de difundir el mensaje político de su maestro. El éxito de su predicación en París y en Lyon, extendido rápidamente a toda Europa, confirmó esta convicción: en pocos meses, el pensamiento de Saint-Simon, que antes de 1825 sólo había tenido un eco limitado, invadió los medios liberales de Francia y de Alemania, y despertó en los medios obreros un interés apasionado. Algunos años más tarde, Karl Marx afirmaría en *El capital* que Saint-Simon había sido durante sus últimos años “el portavoz de las clases trabajadoras”.

Por justificada que estuviera, esta interpretación no dejaba de ser muy limitada: destacaba únicamente las conclusiones prácticas de una obra considerable, sin detenerse en las investigaciones teóricas que constituían su fundamento. Era fácil, entonces, incluir a Saint-Simon entre los “reformadores” y confundirlo con los numerosos escritores que, en estos inicios del siglo XIX, proponían planes de reforma o fórmulas que habían de permitir la creación de la sociedad ideal. Desde este punto de vista, Saint-Simon no se distinguía de Charles Fourier o de Etienne Cabet, que imaginaban la construcción de una ciudad radiante y que proclamaban su desprecio por las fastidiosas investigaciones históricas. Así, el Manifiesto del Partido Comunista reúne, bajo el calificativo de utopistas, a Fourier, a Owen y a Saint-Simon como si no existiera diferencia alguna entre el sueño de Fourier, la práctica de Owen y los trabajos históricos y sociológicos de Saint-Simon.

Durkheim, en su reflexión sobre la historia de las ciencias sociales, fue el primero que aportó una nueva interpretación de Saint-Simon y que subrayó la considerable importancia de sus obras en la creación de las ciencias sociales. Dedicó sus esfuerzos de forma particular a discutir la opinión generalmente aceptada que atribuía a Auguste Comte la

fundación de la sociología, y a demostrar que sería mucho más exacto atribuir esta paternidad a Saint-Simon. Antes de pasar a las formulaciones del Curso de filosofía positiva, habría que buscar las premisas del espíritu sociológico en el pensamiento de Saint-Simon.

Sin embargo, la importancia histórica y el interés actual de la obra de Saint-Simon deben ser situados en un nivel más general que permita descubrir el verdadero sentido de su interpretación. La obra de Saint-Simon, escrita entre 1802 y 1825, se sitúa exactamente en este período decisivo de la historia intelectual europea, en esta transformación que significó el abandono de la forma de pensamiento propia al siglo de las luces, y la instauración de esta estructura intelectual que, al convertir al hombre en el objeto de un conocimiento científico, hizo posible la aparición de las ciencias sociales. Surge, en la obra de Saint-Simon, este movimiento que nos envuelve todavía; pero surge como una creación, como una progresiva construcción en la que podemos descubrir las aportaciones, las rupturas y las sedimentaciones. En esta creación, el papel desempeñado por Saint-Simon es a la vez parcial y decisivo: parcial porque se apoya en trabajos que se realizan a su alrededor durante la década de 1820; decisivo porque impone una síntesis muy personal, cuya huella podremos descubrir directamente en los grandes creadores posteriores, tales como Auguste Comte, Karl Marx o Durkheim.

Más allá de este movimiento de creación que ponía en pie una nueva epistemología, Saint-Simon definía en 1820, y con una singular presciencia, lo que él denominaba el “sistema industrial”, la sociedad industrial, según la expresión que hemos tomado de su vocabulario. Estos dos aspectos, la creación de las estructuras intelectuales propias a las ciencias sociales, y la definición de los caracteres propios a las sociedades industriales, convierten a Saint-Simon en uno de esos autores en los cuales la ciencia contemporánea encuentra algunas de sus significaciones, y nuestra sociedad, de forma singular, una cierta imagen de sí misma.

Sin duda, la ruptura intelectual operada en los primeros años del siglo XIX no fue absoluta. Durante el Siglo de las Luces, la filosofía sensualista y la economía política de la segunda mitad del siglo habían impugnado ya la tradición racionalista y ofrecido el ejemplo de nuevas investigaciones que convertían al hombre en el objeto de un conocimiento positivo. Pero no se había descubierto aún que la aplicación al objeto humano de una investigación científica no correspondía a una simple extensión del saber, sino que implicaba una total revisión de las formas de pensamiento y de las formas de demostración. Los “hombres positivos”, tal como los denominará Saint-Simon, deberán considerar los tipos de argumentación propios a los hombres del siglo XVIII, así como el recurso a la Naturaleza y a la razón universal, como verdaderas mixtificaciones y, en consecuencia, deberán denunciarlos sistemáticamente y rechazarlos. El Contrato social de J.J. Rousseau les facilitará el ejemplo de una argumentación “filosófica” basada en los inconsistentes

conceptos de “Naturaleza” y de “Derecho”, no susceptibles de definición científica. Y cuando Marx llevará a cabo en la Ideología alemana esta ruptura epistemológica, que se caracterizará por la no aceptación de la filosofía hegeliana, repetirá con idénticos argumentos este movimiento de pensamiento que algunos espíritus de principios de siglo habían iniciado contra los “metafísicos”. El radicalismo de esta negativa designará al mismo tiempo la originalidad del nuevo saber y la amplitud de las nuevas investigaciones que deberán ser llevadas a cabo.

Saint-Simon se sitúa en esta transformación y en esta creación intelectual que definen una nueva epistemología. Henri Gouthier, en sus trabajos consagrados a Saint-Simon y a Auguste Comte, ha mostrado hasta qué punto Saint-Simon estuvo profundamente unido a su época, y ha puesto de relieve su capacidad de clarificación y sistematización de las intuiciones formuladas a su alrededor. Por ejemplo, la cuestión de la discontinuidad entre la forma de pensamiento “coyuntural” y la forma de pensamiento “positiva”, tema que constituirá uno de los ejes principales de la reflexión de Saint-Simon, había sido formulado a su alrededor por varios de sus contemporáneos, y anteriormente por Turgot. Asimismo, la tesis del predominio de los fenómenos económicos en las sociedades modernas, tesis que a partir del año 1816 se situará en el centro de la argumentación de Saint-Simon, había sido esbozada por diversos publicistas, entre ellos Charles Dunoyer, Viral Roux y Charles Comte, y constituía una de las principales preocupaciones de la importante revista “El Censeur Européen”. Esta intensa participación de Saint-Simon en los problemas intelectuales de su época hace que sea mayor aún nuestro interés por su obra: no se nos presenta como un autor aislado que sigue las reglas pintorescas de su imaginación, sino como un autor altamente significativo a través del cual descubrimos las líneas de fuerza de un período que fue decisivo para la constitución de nuestros métodos.

Pero la originalidad de Saint-Simon reside en su capacidad de llevar al límite la conciencia de esta ruptura intelectual que se efectuaba a su alrededor, y de captar la amplitud de esta revisión que se operaba en los ámbitos dispersos de las ciencias físico-químicas y de las ciencias de la vida. Mientras los sabios se limitan a subrayar la originalidad de sus investigaciones particulares, Saint-Simon proclama desde 1807 que es necesario descubrir la ruptura radical que se producirá progresivamente en los métodos intelectuales y en las estructuras del pensamiento: anuncia la ascensión progresiva de lo que él denomina entonces una “revolución científica”. A sus ojos, esta revolución alcanza a todas las ramas del saber y anuncia, por otra parte, la creación de una nueva ciencia que tendrá como objeto el hombre y las sociedades. Así, pues, es necesario situarse en el nivel más general y propiamente filosófico, es preciso renovar, por así decirlo, el momento de Descartes, momento de ruptura radical y de sistematización teórica. Saint-Simon está convencido de que no basta con subrayar la originalidad de las investigaciones particulares: lo importante es hacer aparecer en toda su amplitud la revolución intelectual y la formación de un nuevo “sistema intelectual”. Por tanto, hay que denunciar con vehemencia los viejos métodos intelectuales; Saint-Simon descarga sobre la religión y la metafísica múltiples sarcasmos. Denuncia incesantemente, en sus contemporáneos, los rastros de las viejas costumbres, la

sumisión a los dogmas impuestos, la incapacidad de pensar positivamente las relaciones sociales y su evolución. Sin embargo, esta tarea crítica es tan sólo propedéutica. Saint-Simon sabe que esta verdadera ruptura intelectual que se produce entre los siglos XVIII y XIX no es sino el fin de una fase intelectual de crítica y de desorganización, y el comienzo de una fase de creación y de organización. Con el siglo XIX, empiezan al mismo tiempo una nueva sistematización epistemológica y una fase en la cual las ciencias físicas y humanas, basándose en una coherencia de los principios, podrán hacerse acumulativas y realizar a partir de aquí un verdadero progreso. Así, pues, la violencia de los apóstrofes y el entusiasmo que hallaremos en la obra de Saint-Simon no deben sorprendernos. Este entusiasmo, que a menudo ha sido calificado de romántico, está a la altura del cambio que Saint-Simon descubre en la sociedad que lo rodea; más allá de los incidentes políticos y militares, más allá de las tentativas irrisorias de la Restauración, vislumbra, o cree vislumbrar, el fin de un mundo y la aparición de una Humanidad nueva, distinta en sus organizaciones sociales y en sus organizaciones intelectuales. Tal como el mismo Saint-Simon sugiere en varias ocasiones, el estilo contenido y ponderado no sería adecuado a una revolución de este tipo.

Pero esta nueva ciencia no está hecha: si bien las ciencias de la Naturaleza se hallan muy adelantadas en el sentido de la positividad, el inmenso campo de los hechos sociales se halla todavía en manos de las creencias teológicas o de las abstracciones filosóficas. Saint-Simon proclama entonces la necesidad de crear lo que él denomina la “ciencia del hombre”, o también la “ciencia de las sociedades”. A partir de 1816, y hasta sus últimos escritos, se consagrará a esta tarea: “Hacer entrar en la categoría de las ideas de física los fenómenos del orden llamado moral.” El objeto de este libro será el estudio detallado de este intento de Saint-Simon, que puede ser considerado, efectivamente, como el primer intento sistemático de creación de las ciencias sociales. Según Saint-Simon, el observador social debe proponerse el estudio de lo que él denomina las “organizaciones sociales”, a fin de mostrar la especificidad de los distintos sistemas sociales y la composición de las instituciones. Se esfuerza en mostrar el funcionamiento de las instituciones, su coherencia o su situación conflictiva, a fin de subrayar que los modelos de funcionamiento varían según los grandes tipos de organización. El observador debe poder descubrir con su investigación las condiciones del proceso social, debe poder explicar la evolución en el pasado y ser capaz de prever las grandes líneas de las futuras transformaciones. Más aún, Saint-Simon se ve en la necesidad de definir el objeto de la ciencia social y, al mismo tiempo, de fijar las tareas de las ulteriores investigaciones. Tendremos ocasión de subrayar que una de las principales aportaciones de Saint-Simon fue la atribución a las ciencias sociales de un objeto definido, y el descubrimiento de la especificidad de este objeto con respecto a los objetos de las ciencias físicas y de las ciencias biológicas. Al repetir que la ciencia social o “fisiología social” debía estudiar los sistemas sociales, que debía analizar los caracteres particulares de las “relaciones sociales” y caracterizar las distintas instituciones y sus relaciones recíprocas, no sólo estaba fijando las ambiciones de una ciencia de las sociedades, sino que la fundaba, en tanto que ciencia distinta, por la constitución de sus objetos.

A partir de este instante, Saint-Simon había de entrar en conflicto con los espíritus de su época, y abrir perspectivas que éstos no podían aprobar. Mientras se limitaba a exaltar los progresos científicos y a mostrar la nueva coherencia intelectual, no irritaba más que a los pocos defensores del pensamiento tradicionalista y estaba de acuerdo con todos los espíritus liberales opuestos al régimen de la Restauración. Pero para Saint-Simon, la creación de la ciencia social había de tener como consecuencia inmediata la condena del régimen político existente, y una acción práctica destinada a derribarlo.

Del mismo modo que la fisiología al descubrir las leyes de funcionamiento del ser vivo permite prever su evolución y, al mismo tiempo, indicar los remedios para sus males, la ciencia de las sociedades debe enunciar las grandes líneas de su evolución futura e instaurar una práctica política conducente a la reorganización de la sociedad. La fisiología social debe, según su expresión, hacer que la política se vuelva “positiva”, es decir, debe descubrir los caracteres necesarios de la nueva organización social y, por tanto, indicar los medios indispensables para lograr su advenimiento. Desde este momento, la reflexión desborda los problemas científicos y filosóficos, conduce a una práctica política y se fija como objetivo lo que Saint-Simon denomina la “gran revolución europea”, “la revolución general”, caracterizada por el advenimiento de la sociedad industrial. Llegado a este punto, hacia los años 1820, Saint-Simon sólo podía oponerse a sus contemporáneos liberales. Mientras se limitó a condenar el pensamiento religioso y monárquico, participó en este amplio movimiento intelectual que consideraba ya a los tradicionalistas como De Bonald o Chateaubriand como los teóricos de un pasado definitivamente muerto; pero al condenar la organización social y económica, al invitar a los productores a constituir un partido político, no podía sino escandalizar o asustar a sus contemporáneos liberales que sólo reclamaban la libertad de la actividad económica. Los escritores y publicistas liberales, Benjamin Constant, Mme. De Staél, los industriales que al principio lo habían sostenido, se apartaron de él y expresaron su total desacuerdo con un pensamiento tan peligroso. En efecto, una de las conclusiones de Saint-Simon era que la sociedad industrial se vería obligada a transformar la naturaleza de las relaciones sociales y, en particular, a impugnar el principio de la propiedad privada. Una sociedad que tuviera como objetivo común el desarrollo de la producción se vería obligada a subordinar a este fin las reglas de la propiedad e incluso a replantear radicalmente el principio de la libertad. En el curso de nuestro trabajo, precisaremos estas teorías que, efectivamente, convierten a Saint-Simon en uno de los primeros teóricos del socialismo moderno.

A partir de 1820, Saint-Simon se plantea más y más preguntas acerca de la naturaleza de esta sociedad industrial. Habiendo llegado a la conclusión de que el desarrollo necesario de la industria constituirá el factor determinante de la nueva sociedad, intenta prever cuáles serán los rasgos esenciales de esta organización social desprovista de precedentes históricos. ¿Cuáles serán las instituciones de una sociedad de este tipo, y cuáles sus fuerzas dominantes? ¿Cuál será su organización política? ¿Será quizá radicalmente distinta de las organizaciones antiguas? ¿Dónde se situarán los poderes sociales y cuál será su naturaleza? ¿Subsistirán las clases sociales, y, en caso afirmativo, cuáles serán sus relaciones? ¿Cuál

será la cualidad particular de las relaciones sociales? Es evidente que Saint-Simon no podía contestar de forma exhaustiva a preguntas tan audaces en una época en que la industria francesa se hallaba todavía en la fase de las promesas. Sin embargo, su estancia en los Estados Unidos, sus conocimientos sobre la industria inglesa, suministraban materiales que se ofrecían a su imaginación sociológica. Más aún, tal como lo ha sugerido François Perroux, Saint-Simon se sitúa en un momento privilegiado en el cual la sociedad francesa, advertida del fenómeno industrial, se interroga sobre sus transformaciones futuras. Sin llegar a las vías contradictorias que serán los neocapitalismos y los socialismos, Saint-Simon presiente en algunas ocasiones cuáles serán las necesidades comunes a estas diferentes sociedades, y consigue esbozar así, premonitoriamente, algunos rasgos fundamentales de nuestras sociedades. Sin duda el optimismo de Saint-Simon respecto al destino de las sociedades industriales había de impedirle presentir sus divisiones y, por ejemplo, el mantenimiento de los conflictos militares. El desarrollo histórico de los siglos XIX y XX no ha confirmado en absoluto la predicción sansimoniana según la cual la extensión de la industria supondría la desaparición de la guerra entre naciones industriales. Podemos preguntarnos, si embargo, si la presencia del pensamiento sansimoniano en el mundo contemporáneo no se debe tanto a sus errores flagrantes como a sus exactitudes. Los textos de Saint-Simon sobre la urgencia del desarrollo industrial, sobre el progreso científico y técnico, sobre la necesidad de una planificación racional, sobre la necesaria participación de todos los productores en la empresa colectiva, tienen un carácter tan actual que ha podido escribirse sin paradoja que “todos somos ahora más o menos sansimonianos”. Pero las afirmaciones de Saint-Simon sobre el carácter pacífico de la industria, sobre la transparencia propia a la sociedad industrial, sobre la imposibilidad de una tecnocracia opresiva, nos llaman la atención con idéntica fuerza, sea porque se prolongan en las ideologías oficiales, sea porque vienen a designar con una singular nitidez los fracasos de las sociedades industriales. Ello se debe a que Saint-Simon, en el origen de las sociedades modernas y antes de su desarrollo, sólo puede situarse al nivel de los principios, al nivel de las generalidades y de las síntesis. Al releer a Saint-Simon nos vemos constantemente remitidos a nuestras sociedades contemporáneas a fin de examinar en qué medida han realizado las promesas del sansimonismo y por qué, a pesar de proclamar incansablemente estos principios enunciados hace ya más de un siglo y medio, no logran realizarlas.

Saint-Simon ocupa, pues, en la historia social e intelectual de Europa, y, con mayor generalidad, en la historia mundial de la industrialización, un lugar excepcional. Y se comprende que la importancia de la cuestión ventilada haya provocado los juicios más apasionados. Desde 1825, algunos discípulos de Saint-Simon vieron en él a un nuevo Mesías, fundador de una religión, olvidando que en 1821 su maestro había sido llevado a los tribunales después de la publicación de *El organizador*. En 1924, Maxime Leroy, en su estudio dedicado al socialismo de los productores, concluía que Saint-Simon era “nuestro Descartes social”, entonces, y a fin de temperar este entusiasmo, Henri Gouthier compuso su amplio estudio sobre la formación del positivismo. François Perroux ve en el sansimonismo el espíritu mismo de un humanismo moderno, Georges Gurvitch lo coloca entre los grandes fundadores de la sociología, mientras que Raymond Aron expresa sus dudas acerca de la coherencia de esta obra. Incluso el alcance de la influencia de Saint-

Simon está sujeto a discusión: la tradición marxista hace de él una de las fuentes del marxismo y ratifica el juicio de Marx cuando decía que había estado “impregnado del pensamiento de Saint-Simon desde su infancia”; ésta es la tesis que hemos desarrollado en otra obra, pero esta interpretación ha suscitado numerosas reservas. Así, pues, creemos será útil, después de exponer las diferentes direcciones de la sociología de Saint-Simon, que dediquemos un capítulo al problema de su interpretación.

Recordemos antes las grandes líneas de la evolución de su pensamiento, dado que los problemas abordados están relacionados con períodos diferentes que conviene distinguir.

Al margen de las evoluciones en el interior de las fases particulares de su pensamiento, debemos distinguir netamente dos períodos, separados por las publicaciones de 1816-17, en las cuales Saint-Simon sistematiza por primera vez el predominio de los fenómenos económicos en las sociedades modernas y decide consagrarse al estudio de la nueva sociedad, el sistema industrial.

Las grandes líneas de su evolución se reparten, pues, en dos períodos:

- a) 1802-1815: fase teórica, en la cual Saint-Simon reflexiona sobre la transformación intelectual que se produce en estos inicios del siglo.
- b) 1816-1825: fase sociológica y socialista, en la cual centra sus trabajos en el examen de los problemas teóricos y prácticos planteados por el advenimiento de la sociedad industrial.

1. Los primeros opúsculos, Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos, Ensayo sobre la organización social y Carta a los Europeos (1802-1804) son únicamente ensayos. En el primero, Saint-Simon parece limitarse a formular un amable proyecto filantrópico: sugiere que los europeos designen la élite de los sabios y artistas y les suministren colectivamente los medios pecuniarios que necesitan para sus investigaciones. En realidad, los argumentos utilizados expresan ya las preocupaciones que serán ampliamente confirmadas en las obras posteriores. Saint-Simon invita ya a sus lectores a tomar conciencia de una crisis general europea: esta crisis no debe ser considerada como una crisis provisional susceptible de ser resuelta con medios limitados, sino como una crisis de civilización que alcanza a todos los aspectos de la existencia colectiva. En pocas palabras sugiere que las soluciones sólo pueden provenir de una nueva organización social basada en la generalización y la promoción del trabajo: “Todos los hombres trabajarán; se considerarán mutuamente como obreros vinculados a un taller...” Ya en estos primeros

escritos está planteado el problema de las funciones sociales de la ciencia, y se dibuja el papel excepcional de las élites científicas en una sociedad productiva.

Estos escritos no son escritos de juventud, sino que expresan las experiencias históricas que constituirán el punto de partida de toda la obra de Saint-Simon. Nacido en 1760, Saint-Simon acumuló desde 1802 una sucesión de experiencias excepcionalmente contrastadas: perteneció a una familia de nobles arruinados y conoció el orgullo y la miseria de su medio; posteriormente, vivió en los medios más diversos. Fue enviado como capitán en el cuerpo expedicionario dirigido por La Fayette; no sólo tuvo ocasión entonces de conocer los peligros de la guerra, sino que pudo descubrir una sociedad profundamente distinta a la europea, una sociedad desembarazada de las estructuras feudales y en la cual los valores del comercio y de la industria eran proclamados incesantemente. A su regreso a Francia después de 1783, vivió en el entusiasmo de los inicios de la Revolución, pero en 1793-1794 fue encarcelado en la prisión de Luxemburgo y amenazado de pena de muerte. Manifestó en varias ocasiones un excepcional talento para las empresas comerciales: hacia 1797 gozaba de una fortuna considerable, pero algunos años más tarde se había arruinado completamente. En 1798 tomó la decisión de abandonar el mundo de los negocios para consagrarse a las investigaciones científicas.

La Introducción a los trabajos científicos del siglo XIX (1807-1808), las Cartas a la Oficina de las Longitudes (1808), el Proyecto de Enciclopedia y Nueva Enciclopedia (1810), constituyen las principales obras consagradas a la edificación de un nuevo sistema intelectual. En estas obras Saint-Simon afirma con el mayor vigor la profundidad de la crisis intelectual y la urgencia de una definición del nuevo “sistema de las ideas”. En realidad, Saint-Simon estima que no se halla en condiciones de realizar plenamente un proyecto tan ambicioso: se limitará a formular las grandes líneas de este proyecto, a iluminar algunos puntos particulares con objeto de suscitar una colaboración profunda entre sabios de las distintas especialidades. La construcción del nuevo espíritu científico que Saint-Simon designa con el término de “positivo”, sólo puede ser llevada a cabo gracias a un trabajo colectivo y coordinado. Con este fin, la redacción de una nueva enciclopedia, organizada según principios completamente distintos a los de la enciclopedia del siglo XVIII, había de constituir una tarea esencial cuya realización demostraría la extinción de “la organización filosófica de los sistemas de conocimientos humanos”.

En la Memoria sobre la ciencia del hombre (1813), Saint-Simon limita sus ambiciones anteriores y abandona sus reflexiones sobre las ciencias físicas para consagrarse al estudio del hombre. Este término de “ciencia del hombre” engloba dos tipos de trabajos conexos: el estudio del “individuo-hombre” considerado en su realidad “fisiológica” y “psicológica”, y el estudio de la “especie humana” considerada en su evolución. En esta obra Saint-Simon traza las condiciones teóricas de un conocimiento científico del hombre y de las sociedades,

mostrando cuál había de ser el papel que debían desempeñar en esta elaboración las ciencias de la Naturaleza, la física y sobre todo la fisiología.

2. El año 1816 marca una ruptura esencial en el pensamiento de Saint-Simon. Las preocupaciones esencialmente teóricas que dominaban su reflexión en los escritos precedentes son remplazadas por preocupaciones mucho más prácticas relativas a las sociedades de su época. Ya no se tratará tan sólo de pensar la reforma de los sistemas intelectuales, sino también de responder a la crisis social y de proponer una acción política capaz de resolverla. Sin duda, hay que relacionar este cambio fundamental con la caída del imperio napoleónico, que lleva consigo la supresión de la censura intelectual y, al mismo tiempo, pone más aún de manifiesto la necesidad de una nueva organización social: cuando Luis XVIII sube al trono, Saint-Simon está convencido ya de que el régimen de la Restauración no aporta ninguna solución a los problemas del siglo. El tema central de esta ruptura está desarrollado con gran precisión en el Prospecto de La industria publicado en 1817; se resume en pocas palabras: “Toda la sociedad se apoya en la industria. La industria es la única garantía de su existencia, la fuente única de todas las riquezas y de toda prosperidad. Por esta sola razón, pues, el estado de cosas más favorable a la industria es también el más favorable a la sociedad. He aquí, simultáneamente, el punto de partida y el fin de todos nuestros esfuerzos.” Saint-Simon se fija, pues, dos objetivos distintos: demostrar ante todo que la producción industrial constituye el fundamento y el factor determinante de las sociedades modernas, e investigar después las consecuencias prácticas de esta demostración, definir el sistema político adecuado a las nuevas necesidades sociales. A partir de aquí, el pensamiento de Saint-Simon entra en una nueva vía que le lleva, por decirlo así, de una posición liberal a una concepción socialista de la sociedad.

a) En La industria (1816-1818), publicación colectiva en la cual colaboraron Augustín Thierry y varios publicistas y economistas liberales, Saint-Simon saca conclusiones que, en cierta medida, pueden ser toleradas por el liberalismo. A pesar de algunas fórmulas inquietantes, parece contentarse con reivindicar para la industria una mayor libertad, limitándose por el momento a atacar el sistema político de la monarquía electiva. De hecho, muchos lectores comenzaron a inquietarse a causa de algunas de sus formulaciones y se precipitaron a desautorizarlo. Los ricos suscriptores, gobernadores del Banco de Francia e industriales, cuyo apoyo financiero había obtenido para la publicación de La industria, se dirigieron inmediatamente al Ministerio de la Policía para desautorizar formalmente las tesis empleadas en esta obra (octubre de 1817). Este abandono precipitó a Saint-Simon en la miseria, pero le permitió también dar una nueva significación a sus tesis fundamentales: afirma entonces la necesidad de abandonar el liberalismo y de adherirse a lo que él denomina el “industrialismo”.

b) Se abren entonces nuevas investigaciones que conducen a Saint-Simon a la profundización de su teoría de las sociedades industriales y, en el campo político, a proponer una concepción socialista de la sociedad; tal es el objeto de las tres grandes obras de este período: *El organizador* (1819-1820), *Del sistema industrial* (1820-1822) y *Catecismo de los industriales* (1823-1824). Los ataques relativamente moderados contra la Restauración que aparecían en las obras anteriores son remplazados en *El organizador* por una diatriba virulenta que provoca su inculpación; las indicaciones prudentes sobre la libertad de los industriales son sustituidas por una concepción política de su organización. Tal como lo sugiere el título de esta obra, Saint-Simon va entonces de una teoría defensiva a una concepción organizadora, y formula por primera vez su teoría de la “asociación industrial”, que hoy podríamos denominar teoría de la planificación económica y social. Esta nueva concepción, que propone al mismo tiempo una reinterpretación de los conceptos sociológicos, aparece con mayor precisión en las dos obras siguientes, donde Saint-Simon aborda progresivamente las significaciones prácticas de sus concepciones y busca los medios concretos para llevarlas a cabo. Tal como lo indica su título, en el *Catecismo de los industriales* Saint-Simon se propone formular un verdadero manifiesto dirigido a todos los productores, cuyo contenido facilitaría a cada uno una clara visión de las futuras transformaciones sociales. En estas últimas páginas, los problemas prácticos de la acción política parecen adquirir más importancia que las preocupaciones doctrinales.

Es en esta orientación donde hay que situar la última obra, el *Nuevo cristianismo* (1825), que Saint-Simon escribe durante su última enfermedad, y que merece un estudio particular. Después de su muerte, esta obra tuvo una difusión excepcional y sirvió de justificación a la fundación de una religión sansimoniana. En efecto, la inspiración socialista recibe en ella una interpretación que, después de las obras anteriores, puede parecer inesperada: Saint-Simon declara necesaria la constitución de una nueva religión, el nuevo cristianismo, a fin de instaurar esta asociación universal cuyo objeto será “mejorar lo más rápida y completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa”. Este recurso a una religión ha parecido, desde luego, sorprendente; sin embargo, tal como trataremos de demostrarlo, resulta coherente con las concepciones sociales de las obras precedentes.

En resumen, y sin tener en cuenta múltiples escritos secundarios, proponemos la siguiente periodización:

I.Fase teórica, en la cual predominan los problemas de filosofía de las ciencias, 1802-1815.

II.Fase industrialista, en la cual predominan los problemas de la sociedad industrial.

a)período liberal, 1816-1818.

b)período socialista, 1819-1825.

No pretendemos, en los próximos capítulos, seguir un orden rigurosamente cronológico; éste aparecerá, sin embargo, al estudiar los problemas de la teoría sociológica antes de los análisis concretos de Saint-Simon y sus indicaciones sobre las sociedades industriales.

Capítulo 1

LA CREACIÓN DE LA EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

La obra de Saint-Simon nos aporta elementos de respuesta a las cuestiones siguientes: cómo se han constituido las ciencias sociales; cómo y por qué se ha elaborado, en una fecha concreta de la historia intelectual, un nuevo método que permite una reflexión consciente sobre el funcionamiento de las sociedades. Estas preguntas plantean dos problemas estrechamente relacionados, el de la elaboración de los métodos y el de la definición de los objetos de la ciencia. Estos dos problemas no pueden ser disociados completamente; no obstante, en el pensamiento de Saint-Simon la reflexión sobre los métodos precede a la cuestión del objeto social, que sólo será definido de forma definitiva en los escritos del último período. En los primeros escritos, las investigaciones de Saint-Simon en el campo de las ciencias físicas, de la biología y de la historia fijan poco a poco las reglas que más tarde serán denominadas reglas del método sociológico. Saint-Simon no llegó a componer un manual metodológico; estaba sin duda demasiado preocupado por la edificación del saber para detenerse a fijar sus reglas. Posteriormente, Augusto Comte se dará cuenta de esta laguna y se propondrá, precisamente, definir las reglas del conocimiento positivo. En Saint-Simon, las reglas son constantemente aplicadas en la práctica intelectual; no por ello son menos constantes y coherentes.

Saint-Simon logra definir las formas propias al conocimiento de lo social a través de una reflexión sobre las ciencias que han alcanzado ya el estatuto científico. Tal como lo comprendió claramente Auguste Comte, la epistemología de las ciencias sociales había de

ser definida por una serie de confrontaciones con las ciencias de la Naturaleza. Pero en Saint-Simon esta confrontación es llevada a cabo en el seno de una historia intelectual viva, y a través de una serie de adhesiones, de contradicciones y, finalmente, de impugnaciones. Saint-Simon afirma desde el principio la posibilidad de un conocimiento científico o, según su expresión, de un conocimiento positivo de la sociedad. En un primer intento, espera encontrar en las ciencias físicas, y más concretamente en la física newtoniana, los modelos teóricos necesarios; más tarde, comprendiendo la insuficiencia de esta tentativa, buscará en la biología, o, según el vocabulario de la época, en la fisiología, los modelos que la física no puede proporcionarle. Pero, sin negar esta aportación de la fisiología, solamente después de una amplia reflexión sobre el método histórico y sobre la economía política aparecerá prácticamente constituida la estructura intelectual propia al conocimiento social. De este modo, los métodos de las ciencias sociales quedarán constituidos por una serie de materiales tomados de estas cuatro ciencias y gracias a una clara comprensión de sus diferencias.

En el punto de partida de esta elaboración –realizada en lo esencial entre 1802 y 1813- hay un proyecto, una ambición: estudiar científicamente las relaciones sociales. La intención de crear la ciencia de las relaciones es anterior a la realización de esta empresa. Puede sospecharse, sin duda, que esta intención, en la cual la voluntad parece preceder la designación del objeto, encierra una paradoja, o incluso un círculo vicioso, puesto que la intención sólo es posible si el objetivo es ya conocido, al menos al nivel de la intuición. Esta dificultad no puede ser negada, efectivamente, pero no es exclusiva de las ciencias sociales: toda voluntad de investigación supone una hipótesis relativa al objeto y una intuición de los resultados. El progreso de la investigación infirmará o confirmará constantemente las primeras intenciones. Para Saint-Simon, la existencia de esta voluntad previa se expresa claramente desde su primer escrito de 1802, las Cartas de un habitante de Ginebra.

A pesar de que este corto texto se limita a proponer una reforma social –la designación, por un voto europeo, de una élite de sabios y artistas-, Saint-Simon se extiende en consideraciones generales acerca de las ciencias y pretende que su proyecto puede ser justificado por consideraciones de orden científico. Dirigiéndose familiarmente al lector, escribe entre otras cosas: “Es al considerar nuestras relaciones sociales en tanto que fenómenos fisiológicos como he concebido el proyecto que ahora presento”. Como comentario a esta indicación, propone entonces dos tareas: en primer lugar, liberar la fisiología de las ilusiones y de los errores que siguen obstaculizando su desarrollo o, en otros términos, llevarla del estadio conjetural al estadio positivo, en segundo lugar, introducir los fenómenos sociales, las “relaciones sociales”, en el campo de esta ciencia renovada. Los escritos ulteriores insistirán en este proyecto con mayor amplitud, desembocando en la Memoria sobre la ciencia del hombre, que pretende realizar esta intención primera y pensar científicamente el hombre individual y la evolución social.

Es necesario precisar la naturaleza de esta intención que atraviesa toda la obra de Saint-Simon y que toma la forma de una obsesión o de una pasión. Saint-Simon no cesa de acumular proyectos, levanta ambiciosos programas que no puede llevar a cabo, acumula los fracasos, pero se repone siempre, supera las crisis e insiste de nuevo en su proyecto inicial. Esta voluntad constante marca y caracteriza el conjunto de su obra. Es evidente que esta intención rectora no puede ser separada de una intención política: el análisis científico de las relaciones sociales permitirá inmediatamente una práctica social racional. La ciencia social tiene, como toda ciencia, una vocación práctica; pero la ciencia del hombre ya no se limitará a consecuencias técnicas y parciales, sino que tratará más bien de la reorganización general de la vida colectiva. En la Memoria sobre la ciencia del hombre, Saint-Simon descompone los “efectos” que provocaría “la organización positiva” de las ciencias sociales: la enseñanza de estas ciencias será introducida en la instrucción pública, “la moral se convertirá en una ciencia positiva” y, sobre todo, “la política se convertirá en una ciencia positiva”. Pero es especialmente después de 1815 cuando Saint-Simon podrá expresar libremente lo que él espera del progreso de la ciencia del hombre. Sin ignorar los obstáculos y los plazos necesarios a una realización de este tipo, espera que la ciencia participe de forma decisiva en el cambio social e impulse el advenimiento de la revolución que la sociedad presente contiene en potencia. Sin duda, ambos objetivos, el teórico y el político, serán claramente disociados, dado que no parece posible confundir el momento de la investigación científica y el momento de la acción política. El retraso mismo de la práctica política con respecto a la elaboración científica indica perfectamente la independencia de la ciencia y la diferencia existente entre ambas. Pero para Saint-Simon la ciencia de los hechos sociales no puede encontrar su fin en sí misma: su vocación es resolver los problemas de la sociedad.

Al mismo tiempo, Saint-Simon tiene clara conciencia de que la intención científica surge en una época determinada de la historia y de que lleva necesariamente, en sí misma, una significación histórica. El saber social proviene de una exigencia, del deseo de superar una crisis social y de solucionarla. Ya en los primeros opúsculos de 1802-1803, Saint-Simon manifiesta su horror ante los conflictos militares que desgarran Europa, y su esperanza de ver su fin. La intención científica responde a una ansiedad ante las divisiones sociales. Pero, más aún, expresa una experiencia decisiva, cuyas verdaderas dimensiones no verá Saint-Simon hasta después de 1815: la experiencia del derrumbamiento de un sistema social que durante siglos había garantizado una relativa estabilidad. En el curso de las tentativas de restauración política Saint-Simon, como muchos de sus contemporáneos, comprenderá la inutilidad de las soluciones conservadoras. Se dará cuenta entonces de que la Revolución de 1789 ha destruido enteramente un edificio social, un sistema, que nada podrá reconstituir. Los sueños de la vieja nobleza, las aserciones de un De Bonald sobre la intemporalidad de una monarquía absoluta, le parecerán –y así lo escribirá– simplemente “extravagantes”. Pero se dará cuenta también, después de la caída de Napoleón, de que ningún sistema social coherente tiende a remplazar el antiguo edificio: la Restauración no es más que un régimen incoherente, inestable y transitorio. Esta situación es descrita en términos vigorosos en La industria: “En 1793 la nación francesa entró en un estado de

desorganización que, a mi juicio, no ha cesado todavía.” La voluntad de construir la ciencia responde al desafío lanzado al espíritu por la descomposición de la sociedad.

Debemos señalar que esta intención no constituye en modo alguno una respuesta angustiosa. Saint-Simon confirma el derrumbamiento de un sistema, erige la crisis social en crisis de civilización, pero acepta con exaltación esta obra de destrucción. En el momento en que De Bonald sueña un retorno a los orígenes, en el momento en que los liberales se esfuerzan en conservar las conquistas de la revolución, Saint-Simon espera del presente que prosiga su obra de descomposición para, así preparar mejor el advenimiento de la sociedad futura. La Humanidad no puede soportar vivir entre ruinas; la voluntad de construir la ciencia nace de esta aspiración fundamental a evitar la incoherencia. Y es la confianza en las potencialidades históricas lo que justifica el propósito de llevar más adelante la reflexión. La ciencia no puede ser construida basándose únicamente en la consideración del pasado; exige también una adhesión al cambio y, con mayor generalidad, una actitud enteramente volcada hacia el futuro. “No miréis el pasado, es el futuro el que debe atraer vuestras miradas”, dice Saint-Simon a los industriales; pero este consejo es particularmente válido para el pensador social. En tanto que artesano del futuro, le será imposible comprender el sentido del presente y las líneas de la evolución sin una adhesión previa al dinamismo social, si ante todo no fija su mirada en la búsqueda de soluciones para el futuro. Vemos, pues, como se constituye en Saint-Simon un conjunto de actitudes, típicas de los pensadores evolucionistas del siglo XIX y de Marx. Más exactamente, Marx adoptará esta misma línea de pensamiento que asocia a la conciencia de la crisis social la confianza depositada en la ciencia para su resolución. La ciencia social no es solamente un saber que viene a añadirse a la sucesión de las ciencias precedentes; es este saber decisivo llamado a suministrar a los actores sociales los medios para la construcción de su futuro. Cabrá esperar de su desarrollo el nacimiento de una práctica y de un orden social conforme con la teoría.

Esta intención directriz, por otra parte, debe ser comprendida a través de todas las negaciones que supone. La necesidad de constituir la ciencia de las relaciones sociales significa que ésta no existe aún y que las disciplinas que pretendían responder a estos problemas no eran más que falso saber o, en otros términos, sólo eran conjeturales. Hacer más profunda esta ruptura, subrayar que la formación de la ciencia positiva exige la eliminación de todos los vestigios del pasado que pueda comportar, constituye una de las preocupaciones de Saint-Simon. Así como la física se formó a partir del momento en que dejó de contar con las creencias religiosas, la ciencia social nacerá cuando se haya alejado definitivamente de las religiones y de la filosofía. Éstos son, en efecto, los dos tipos de conocimiento que Saint-Simon incluye en la falsa ciencia.

La no aceptación de las creencias religiosas constituye uno de los leitmotives de Saint-Simon, pero su posición a este respecto es muy particular. De hecho, no juzga necesario

abrir una discusión sobre el contenido de las religiones: este problema conduce siempre a un debate ya caduco que no debe entrar en el campo de las preocupaciones científicas. Saint-Simon recordará, en sus interpretaciones históricas, que la sustitución de las creencias teológicas por el conocimiento científico empezó con el Renacimiento y ha seguido, después, incesantemente. Es, pues, inútil, entrar de nuevo en estas discusiones, cuya vacuidad aparece claramente a todo espíritu informado. La única objeción hecha por Saint-Simon se refiere, no al contenido de la teología, sino a su método, y resulta suficiente para condenar toda creencia religiosa; la irremediable debilidad de la teología reside en el hecho de que no se conforma a la regla universal de las ciencias, la regla de la observación. La indicación de esta debilidad esencial permite no entrar en el terreno de las conclusiones de una teología, y basta para dejar de lado su contenido. Por esta razón, Saint-Simon no se sentirá obligado a defender el ateísmo: poco importa, en efecto, discutir acerca de la legitimidad de los fundamentos de las religiones, lo único que importa es la constitución, en el campo de lo conocido, de un método riguroso de observación. Por tanto, resultará posible mantener una actitud deísta o, según la interpretación propuesta por los discípulos de Saint-Simon, un cierto panteísmo más bien superficial, puesto que en este terreno ninguna observación positiva puede llevarse a cabo. Veremos, en el examen de las normas morales, que Saint-Simon no pondrá en duda el valor universal de la predicación evangélica: una vez rechazados en su conjunto los falaces métodos de la teología, sigue siendo posible conservar un principio, el amor al prójimo, siempre y cuando se demuestre que este principio es compatible con las nuevas exigencias sociales. Y es que, en efecto, la principal preocupación de Saint-Simon apunta siempre a la significación social del saber: lo que le importa, esencialmente, es poner de relieve las consecuencias sociales de las creencias religiosas y demostrar que la religión era un fenómeno propio de un sistema social ya caduco. Veremos, en el análisis del sistema feudal, que la adhesión al saber conjetural implica la sumisión a las enseñanzas recibidas y excluye la libertad de examen. La religión se veía obligada a recurrir a reglas de obediencia: incapaz de elevarse hasta el nivel de la demostración, sólo le quedaba la posibilidad de oponerse a los intentos de discusión y de examen; exigía de los fieles una “obediencia pasiva”. Por ello, su enseñanza estaba en manos de un cuerpo especializado, de un clero que debía imponer su saber, recurrir frente a los infieles a un poder de coacción, y erigirse en autoridad indiscutida. Tal como lo mostrarán de nuevo los análisis históricos, el clero religioso se caracterizó por el ejercicio de un poder autoritario sobre los espíritus y, en consecuencia, por su resistencia ante todos los intentos que pretendían crear y desarrollar un saber científico basado en la crítica y en el libre examen.

El abandono de la religión no sólo es, pues, rigurosamente necesario a la intención científica, sino que ésta se ha constituido a través de un movimiento de contradicción frente a las religiones. La creación de la ciencia del hombre busca este alzamiento de la inteligencia que, desde la época del Renacimiento, ha permitido la constitución del conocimiento positivo: en su tarea de perfeccionamiento del conocimiento científico, repite necesariamente este movimiento de liberación que cada ciencia ha tenido que llevar a cabo. Y del mismo modo que las ciencias se han formado al margen de la religión, y no en su seno, la ciencia del hombre no debe volver a discutir los dogmas religiosos, sino que ha de apartarse de ellos radicalmente. Saint-Simon recuerda a este respecto una observación de

Cicerón, afirmando que en las postrimerías del Imperio romano los augurios no podían ser tenidos en cuenta en serio; lo mismo ocurre con la religión en el momento del nacimiento de las ciencias del hombre: no se presta a una discusión acerca de su contenido, sino que es, para los espíritus que están en posesión de métodos intelectuales positivos, un motivo de burla.

La no aceptación de lo que Saint-Simon denomina la filosofía o la metafísica responde a parecidas motivaciones, pero los argumentos que utiliza no son tan claros como en el caso de las religiones. En efecto, Saint-Simon subraya la necesidad de alejarse totalmente de la metafísica, “doctrina bastarda e incomprensible”, y propone un nuevo sistema filosófico; podríamos preguntarnos si el resultado de su tentativa no se limita a la formación de una nueva filosofía sujeta a los mismos principios que la de sus antecesoras. No es ésta, sin embargo, la intención de Saint-Simon, que advierte una ruptura absoluta entre las filosofías del siglo XVIII y las ciencias del hombre.

Una vez más, esta doctrina debe ser comprendida desde el punto de vista de sus consecuencias sociales y según las funciones que desempeñó en el momento de su aparición y de su desarrollo. La definición de la filosofía adquirirá una mayor precisión con el examen de su significación histórica. Saint-Simon designa bajo el término de filosofía a las doctrinas que se desarrollaron sobre todo antes de la Revolución de 1789 y que pretendían esencialmente criticar el sistema existente, denunciar las religiones y destruir los antiguos sistemas intelectuales; toma como ejemplo, sobre todo, a Voltaire y a J. J. Rousseau, así como a los “literatos del siglo XVIII”. Este movimiento filosófico tuvo una función de “demolición del antiguo sistema”, una función de crítica, y se sitúa históricamente en la fase de desorganización del sistema feudal. En este sentido, la ruptura entre la filosofía y la ciencia social será radical, puesto que la filosofía fue incapaz de participar en la edificación del nuevo sistema social; la función que cumple es sólo negativa, mientras que la ciencia del hombre pretende ser positiva, es decir, práctica: su vocación es participar de forma decisiva en la organización de la sociedad futura.

El sentido de esta ruptura entre la filosofía y la ciencia social aparecerá claramente gracias a la comparación realizada por Saint-Simon entre los metafísicos y aquéllos que él denomina los “legistas”. Aplica este término a los hombres de ley, a los magistrados, a los abogados, así como a los teóricos del Derecho y a los jurisconsultos. El paralelismo entre los metafísicos y estos juristas debe ser realizado en el plano de las funciones sociales – puesto que los legistas, al igual que los filósofos, se dedicaron a limitar y después a destruir los poderes del feudalismo-, pero también en el plano de los métodos intelectuales. Los principios sobre los cuales se basan los razonamientos de los legistas –el derecho, la ley natural- son tan poco rigurosos y tan “abstractos” como los principios de la filosofía. Saint-Simon, entonces, establece, en una misma denuncia, el paralelismo entre los filósofos, los legistas y los revolucionarios jacobinos que no supieron recurrir más que a conceptos sin

contenido alguno, tales como el Derecho y la igualdad, a partir de los cuales ningún saber positivo puede constituirse. La ruptura entre estas doctrinas abstractas y la ciencia positiva es decisiva, puesto que no se trata solamente de remplazar nociones confusas por conceptos justos, sino de proponer objetos a la reflexión allí donde la filosofía no proponía ninguno. Una de las significaciones del término “positividad” residirá en su posible aplicación a un conocimiento referido a un objeto real, como por ejemplo las relaciones sociales, los intereses de clase y la organización social. En este sentido, la crítica formulada por Saint-Simon contra la “abogacía” es ilustrativa; los jueces y los abogados, formados por los estudios jurídicos, son incapaces de abordar los problemas concretos, el contenido de los litigios: sólo saben discutir cuestiones formales. La ciencia, en cambio, se caracterizará por su exclusiva aplicación a hechos reales y por su capacidad de determinación del objeto que se propone estudiar. Coincidirá así con el sentido común, y serán las personas prácticas, los productores, los industriales, quienes mejor podrán comprenderla: responde a su sed de concreto, y a su conocimiento intuitivo de lo que realmente existe.

Más allá de estas indicaciones negativas, Saint-Simon observa que son las ciencias ya constituidas, y ante todo las ciencias de la Naturaleza, las que van a suministrar a la ciencia social sus primeros modelos teóricos. Para llevar a cabo su proyecto fundamental, la introducción en el campo de la ciencia de los fenómenos “del orden denominado moral”, Saint-Simon se apoya en primer lugar en la física y en la biología. De forma provisional, esperará que la “física de los cuerpos brutos”, y después la “física de los cuerpos organizados”, le suministren los métodos aplicables a la ciencia de las sociedades. Pero esta espera sólo será provisional: su pensamiento progresa por adhesiones y abandonos sucesivos, aun conservando siempre los principios generales que justificaban sus opciones.

I. El fisicismo

Los escritos de Saint-Simon posteriores a 1816 no reflejarán ya su entusiasmo inicial por las ciencias físicas; sus conclusiones subrayarán la especificidad de los fenómenos humanos frente a los fenómenos físicos. A pesar de todo, este primer período no puede ser olvidado, ya que suministra a Saint-Simon una justificación general de los métodos científicos y de las reglas de la observación.

En su Introducción a los trabajos científicos del siglo XIX, Saint-Simon relaciona la unificación de los conocimientos científicos que se hallaban dispersos con los descubrimientos newtonianos. Subraya que la importancia decisiva de estos descubrimientos reside en que pusieron de manifiesto un “hecho general” a partir del cual

era posible definir una nueva “unidad sistemática” de los fenómenos físicos y astronómicos. La idea de la gravitación suministra una “idea simple” capaz de servir de base a un nuevo sistema científico. Pero Saint-Simon reprocha a Newton, precisamente, el no haber sabido comprender todas las consecuencias de su propia teoría y el haber limitado su alcance: le reprocha haber admitido la hipótesis del vacío en el campo de la mecánica celeste, pero sobre todo el haber mantenido una separación absoluta entre los fenómenos físicos y los fenómenos humanos. Después de demostrar el carácter unitario de los fenómenos físicos, Newton reuló ante las consecuencias científicas de sus teorías y proclamó su respeto por la tradición religiosa y la palabra bíblica, proclamando así que los fenómenos humanos no entraban en el campo del conocimiento científico. “Newton... no supo ni generalizar ni coordinar sus pensamientos: ignoró completamente su valor filosófico... No tuvo conciencia alguna de la importancia de su descubrimiento; no comprendió que todo tipo de fenómenos eran efectos de esta causa.” Uno de los aspectos de esta revolución científica de los primeros años del siglo XIX es precisamente la negación de esta separación entre lo natural y lo humano y su sustitución por una consideración unitaria de la totalidad de los fenómenos reales, “los fenómenos denominados morales, al igual que los denominados físicos”. Saint-Simon propone entonces designar con el término de “fisicismo” esta concepción unitaria del mundo que pretende integrar en un mismo “sistema del mundo” la física de los cuerpos brutos y la física de los cuerpos organizados. En este sistema global, los fenómenos humanos se situarían en la serie de los “fenómenos de los fluidos”.

Saint-Simon no llevó a cabo esta tentativa, ni se preocupó por buscar las relaciones entre estas diversas clases de fenómenos. Esta será una de las consecuencias de sus nuevas preocupaciones después de 1816: abandonar estos problemas en beneficio exclusivo de las observaciones sociales. Pero este recurso provisional a las ciencias físicas sirvió precisamente de modelo y de justificación a las tentativas iniciales por dar un estatuto científico al conocimiento de los hechos sociales.

La imagen de la ciencia newtoniana, incluso invocada de forma superficial, sirve de justificación a la categórica no aceptación de los discursos religiosos o morales sobre los fenómenos humanos. Desempeña, de algún modo, el papel de técnica de ruptura para juzgar y condenar, en nombre de la ciencia, estas tentativas falaces. Saint-Simon podrá exigir ahora que los conocimientos sociales se conformen a las normas generales del conocimiento científico y, ante todo, que adopten la observación como única regla de razonamiento. En efecto, la física newtoniana ponía de manifiesto –y ésta era una de sus lecciones esenciales- la posibilidad de una investigación científica basada únicamente en una serie de hechos observados y que sólo busque sus pruebas en nuevas observaciones. Introducir los fenómenos humanos en el campo de la ciencia es, precisamente, convertir el conocimiento de estos fenómenos en una ciencia de la observación.

La hipótesis de esta unidad de los fenómenos tiene, pues, como consecuencia una justificación de esta nueva ciencia. Puesto que los fenómenos humanos son fenómenos naturales, puesto que nuestro “pequeño mundo” no es más que una parte del “gran mundo”, es necesario llevar a cabo la observación de este universo abandonado, hasta ahora, a las religiones y a la arbitrariedad de los gobernantes. Más allá de este principio general, que adoptarán bajo formas diferentes Marx, Spencer o Durkheim, Saint-Simon obtendrá dos conclusiones prácticas. En primer lugar, deducirá de la regla de la observación la necesidad de designar objetos concretos y definidos con precisión. Al estudiar los sistemas sociales, Saint-Simon insistirá en la necesidad de convertir estos fenómenos históricos en objetos de un conocimiento, objetos claramente definidos que serán ofrecidos a la observación como datos, “hechos”. Cuando Durkheim defina el hecho social, reanudará esta tradición positivista que Saint-Simon había inaugurado al escribir, por ejemplo, que una organización social no es una creación del espíritu, sino un hecho que el observador debe limitarse a analizar y explicar. Por otra parte, el modelo de la ciencia física obliga a Saint-Simon a postular que los fenómenos sociales, al igual que los naturales, obedecen a necesidades inmanentes; que obedecen, como cualquier fenómeno, al principio del Determinismo. Saint-Simon es perfectamente consciente de los límites de este postulado: sus indicaciones no le permiten demostrar este principio y debe presentarlo entonces como una hipótesis general. En las Cartas de un habitante de Ginebra, induce al lector a la comprensión de esta hipótesis a través de un juego de suposiciones: si se admite que un espíritu puede llegar al conocimiento exhaustivo de las disposiciones de la materia, podemos creer lógicamente que este espíritu será capaz de prever “todos los cambios sucesivos que puedan producirse en el universo”, todos los movimientos que obedecen necesariamente a las leyes de la mecánica. Y añade que esta hipótesis formulada por las ciencias de la Naturaleza, debe ser aplicada a los fenómenos humanos: constituye precisamente una norma intelectual eminentemente favorable al descubrimiento de la unidad existente entre los fenómenos físicos y los sociales: “Esta suposición colocará vuestra inteligencia en una posición en la que todos los fenómenos se le presentarán bajo la misma apariencia.” En las obras posteriores, Saint-Simon invocará este principio para aplicarlo a la evolución histórica: sin negar la posibilidad, por parte del individuo, de modificar el detalle de los acontecimientos, Saint-Simon afirmará que las grandes líneas de la evolución social obedecen a necesidades propias. El objeto de la ciencia social consistiría precisamente en poner de manifiesto estas evoluciones necesarias, permitiéndole así la armonización de la acción política y de la necesidad.

II. La fisiología social

Estas indicaciones preliminares sobre el fisicismo y sobre la unidad de los fenómenos observables no deben ser tomadas al pie de la letra; por otra parte, no expresan, ni mucho menos, todo el pensamiento de Saint-Simon. Designan únicamente algunas reglas muy generales, cuya aplicación requerirá una revisión y una reinterpretación continuas. Interpretadas literalmente, podrían sugerir un positivismo elemental muy alejado, según veremos más adelante, de las conclusiones sociológicas de Saint-Simon. Ya en sus primeras

obras, había observado que la ciencia física no podía ofrecer modelos adecuados a un conocimiento positivo de la evolución de las sociedades, y que una rigurosa fidelidad a los principios de esta ciencia podía conducir también a la justificación de una filosofía conservadora. La comprensión de los fenómenos de la organización social exigirá, pues, recurrir a los modelos de las ciencias de la vida; así, en la *Memorias sobre la ciencia del hombre*, Saint-Simon buscará en la fisiología los modelos teóricos necesarios a la edificación de las ciencias del hombre. Señala entonces que los trabajos realizados en el campo de la anatomía comparada pueden suministrar las “bases positivas de la ciencia del hombre”.

Este término de fisiología debe ser interpretado en el más amplio de sus sentidos. En la *Memorias sobre la ciencia del hombre*, Saint-Simon propone reunir en un mismo corpus científico todos los conocimientos relativos a los cuerpos organizados, tanto si se trata de organismos como de organizaciones sociales. Anuncia su intención de compara y de sintetizar los trabajos de cuatro autores: Vicq-d’Azyr, Cabanis, Bichat y Condorcet. De Vicq-d’Azyr toma en consideración las investigaciones de anatomía comparada a fin de mostrar que estos métodos pueden ser aplicados a las comparaciones entre sociedades; de Cabanis y Bichat toma las teorías sobre los fenómenos vitales y destaca su contribución a la constitución de una psicología fisiológica; hace suya, en fin, la hipótesis de Condorcet sobre los progresos del espíritu humano. Por otra parte, en sus análisis, Saint-Simon recurrirá a Locke y a Condillac, adoptando la teoría sensualista y la teoría del conocimiento formulada por ellos. Así, la ciencia del hombre incluiría conocimientos relativos, simultáneamente, al organismo humano, a la psicología individual y a la historia de la especie humana. Esta Memoria debe componerse, pues, de dos partes, la primera relativa “al individuo-hombre” y la segunda a “la especie humana”.

Este acercamiento entre Vicq-d’Azyr y Condorcet, entre la anatomía comparada y la filosofía de la Historia, pone claramente de manifiesto la actitud adoptada por Saint-Simon frente a los métodos de la biología. También en este caso, recurre a conceptos y modelos teóricos de las ciencias de la vida, pero no limita su material conceptual a estas fuentes: su propósito de estudiar positivamente las organizaciones sociales le induce a desbordar continuamente los modelos provisionalmente invocados. Sin embargo, el recurso de los esquemas biológicos, le permite concretar su concepción del ser social y reunir argumentos para una concepción evolucionista de la Historia.

La aplicación de la fisiología al estudio de los hechos humanos pone de manifiesto que una sociedad constituye “un verdadero ser”: forma un verdadero “cuerpo social”, cada una de cuyas partes contribuye a la vida común. La sociedad “no es en absoluto una simple aglomeración de seres vivos, cuyas acciones, independientes de todo objetivo final, tienen como única causa la arbitrariedad de las voluntades individuales”, sino que es “una verdadera máquina organizada” cuyas partes e individuos desempeñan funciones distintas.

A lo largo de toda su obra, en efecto, Saint-Simon contemplará la sociedad como un conjunto, o según su expresión más utilizada, como un sistema en el cual cada elemento está integrado y desempeña funciones relativas. Será necesario investigar si los diferentes elementos de una sociedad están armónicamente organizados, y cuales son las consecuencias que se derivan de su eventual ajuste.

Los conceptos de “órgano” y “función” desempeñan en esta problemática un papel esencial. El esquema biológico indica, en este terreno, que cada elemento social, y en particular cada institución, debe ser contemplado como un órgano que desempeña funciones distintas y relativamente constantes. Será necesario, por ejemplo, descubrir qué funciones desempeña una clase social y a qué necesidad colectiva responde. ¿Qué función desempeña el clero en la sociedad de la Restauración y qué funciones desempeñaba antes? Se admitirá, al introducir de este modo el principio del funcionalismo, que toda institución responde a una función y que, por regla general, cada sociedad se ha dado las instituciones que correspondían a sus posibilidades y a sus necesidades: puede admitirse entonces que “el curso natural de las cosas ha dado origen a las instituciones necesarias a cada edad del cuerpo social”. A partir de este momento hay que introducir la regla del relativismo en la observación de las instituciones: las diferentes sociedades adoptarán “reglas higiénicas” muy diversas respondiendo a necesidades y a contextos distintos. Prácticamente, resultará imposible intentar descubrir cuál será la mejor institución imaginable; habrá que investigar, únicamente, cuál será la que se adaptará mejor a las disposiciones particulares de una sociedad.

Los modelos teóricos inspirados en las ciencias de la vida no admiten, en efecto, la adopción de una representación estática de la sociedad. Saint-Simon se burla de los que él mismo denomina los “filósofos circulares”, que no pueden concebir una ley de desarrollo de las sociedades y que afirman que toda evolución es un constante retorno a formas ya realizadas. El desarrollo de los organismos, por el contrario, ayuda a replantear la evolución de una sociedad en términos de constitución, de formación, de agotamiento y de desorganización. Saint-Simon se preguntará en varias ocasiones si es posible comparar la ontogénesis individual con la filogénesis social, si es posible asimilar las formas del crecimiento, del desarrollo y de la madurez, a las etapas que marcan la historia de la especie. En este sentido, el acceso de la Humanidad a la era industrial, la destrucción de las relaciones de autoridad propias del régimen feudal, corresponderían al paso de la infancia a la madurez. Estas comparaciones ilustran al mismo tiempo el uso de los métodos comparativos tal como Vicq-d’Azyr los había formulado en el campo de la anatomía. Si es cierto que las sociedades atraviesan diferentes etapas de desarrollo, será posible establecer una escala de esta evolución, descubrir a qué nivel se sitúa una sociedad en relación con otras sociedades o consigo misma. Veremos como, a pesar de que en sus escritos posteriores a 1816 Saint-Simon abandonará la creencia en la posibilidad de trazar un esquema de desarrollo de este tipo, seguirá manteniendo el principio general de la evolución y conservará la costumbre de comparar entre sí los diversos tipos de sociedades.

Es también en las ciencias de la vida donde Saint-Simon busca las bases teóricas de una terapéutica social. Del mismo modo que la fisiología permite establecer la distinción entre las formas monstruosas y las formas normales, entre lo patológico y la salud, la ciencia del hombre debería llegar a la distinción entre lo anormal y lo normal en la vida social. La ciencia de la vida justifica así su preocupación fundamental: conferir un carácter práctico a la ciencia que pretende constituir. Se trata, más exactamente, de hacer conscientes determinadas prácticas espontáneas, ya que si el observador social ha de actuar como un médico frente a un organismo, toda institución ha desempeñado, en cierta medida, este papel en la sociedad. En un período históricamente estable, cada institución tenía como fin participar en la vida del cuerpo social y, eventualmente, restablecer su funcionamiento. Cada institución realizaba, por así decir, una “regla de higiene” con vistas a la conservación y al aumento de la salud social. Uno de los objetivos de la ciencia del hombre será precisamente el estudio y la descripción de estas reglas que la sociedad se da espontáneamente a sí misma. La tarea original de la ciencia consistirá en hacer consciente lo que era espontáneo y, al mismo tiempo, en hacer posible una intervención racional y lúcida. Saint-Simon da como ejemplo de esta distinción entre lo normal y lo patológico el estudio del parasitismo social: si es cierto que el buen funcionamiento de un cuerpo social exige la participación de todos sus elementos a la vida común, la comparación del ocio con una enfermedad del organismo resulta válida. El parasitismo perjudica la salud social, pero el grado de patología será más elevado aún si son los ociosos los que desempeñan las funciones de dirección: “La organización social que atribuye el primer grado de consideración a la ociosidad y a los trabajos menos útiles para la sociedad es, pues, una organización radical y esencialmente viciosa”. Veremos, en los estudios concretos, que éste será precisamente el diagnóstico sobre la sociedad de la Restauración.

En esta misma línea de pensamiento que recurre a los modelos biológicos para plantear los fenómenos humanos, Saint-Simon reúne los elementos de lo que más tarde denominará el evolucionismo sociológico: intentará demostrar que la evolución social es efectivamente una realidad observable y que sólo debe ser explicada por causas immanentes a las propias sociedades. Resultará esencial, en esta teoría, demostrar claramente que la naturaleza social se crea a sí misma, que se modifica de acuerdo con sus propias creaciones, y que ninguna ley exterior le es impuesta. Saint-Simon considera que esta teoría, que orienta todo el método de observación, es un punto esencial de la ciencia social, ya que permite abordar en términos de práctica las conclusiones teóricas. Si la sociedad se transforma a través de sus propias obras, es ya posible estudiar sus modificaciones; asimismo, se hace necesario decidir cuáles serán las empresas favorables a sus cambios.

Una vez más, la imagen de la evolución individual arroja su luz sobre estos fenómenos; Saint-Simon considera que son esenciales aquí las conclusiones de la fisiología sensualista, las teorías de Locke y de Condillac sobre la formación del conocimiento. Según Saint-Simon la importancia de estas teorías no reside tanto en su parte crítica como en sus

secuencias positivas. Al demostrar que todo conocimiento proviene únicamente de las sensaciones y de la experiencia, estos autores han destruido los obstáculos que la doctrina de las ideas innatas podía oponer a la observación positiva. Han demostrado al mismo tiempo que todas las formas del conocimiento se integraban en los procesos de evolución, y que estos procesos podían ser explicados. Lo que había sido considerado como un dato inexplicable, como un “a priori”, se convierte en momento de un proceso y, por tanto, en el objeto de una explicación. Pero Saint-Simon insiste sobre todo en la nueva unidad de los seres vivos que estas teorías ponen de manifiesto: al destruir el dualismo cartesiano, el dogma de la separación entre el cuerpo y el espíritu, han roto la separación entre la animalidad y la humanidad, induciendo así a una búsqueda de la continuidad entre la vida orgánica y la vida consciente, entre la vida animal y la vida social. El materialismo sensualista, a pesar de la limitación de sus conclusiones, hace posible una nueva concepción de la vida considerada en la unidad y la diversidad de sus manifestaciones. Saint-Simon va hasta atribuir a Locke la hipótesis de la continuidad entre las formas vegetales y las formas animales: según él, Locke habría hecho varias tentativas por “ligar” las primeras observaciones sobre los animales a las últimas observaciones realizadas en el campo de los vegetales.

A partir de aquí, las investigaciones sobre la evolución del saber sólo suministran un argumento para una teoría mucho más general de la evolución. Saint-Simon adopta la hipótesis de una evolución de la humanidad a partir de la animalidad y la aplica después a la evolución de aquélla, suponiendo que sus primeras formas fueron creadas por grados sucesivos a partir de la condición animal. Los primeros hombres no habrían tenido sobre las demás especies animales más que una ligera superioridad, debida únicamente a la complejidad de su organización biológica. Basándose en esta débil diferencia, los hombres habrían conseguido acrecentar su dominio sobre las demás especies. Precediendo a Darwin, Saint-Simon formula la hipótesis de una lucha entre las especies en el curso de la cual las diferencias, por débiles que fuesen, habrían aumentado el poder de los más fuertes; los hombres habrían provocado de este modo la regresión de las demás especies. En esta lucha, los primeros hombres habrían “impedido el desarrollo de las facultades de los animales” al obligarlos a huir o a someterse a su dominación. La Humanidad, pues, se habría constituido a través del combate contra las demás especies y por la destrucción de las posibilidades de desarrollo de éstas.

Por tanto, no es posible establecer una diferencia radical entre los estadios más evolucionados de la animalidad y los primeros estadios de la evolución humana. Tal como lo escribe Saint-Simon “el hombre no estuvo primitivamente separado de los demás animales por una línea de demarcación”. Sin embargo, la invención del lenguaje había de introducir una discontinuidad definitiva y provocar al mismo tiempo la aparición de nuevas formas de existencia: “La línea de demarcación entre la inteligencia humana y el instinto de los animales sólo quedó claramente establecida después de la formación del sistema de signos de convención hablados o escritos”. Esta invención del lenguaje habrá de ser considerada como una creación humana, creación que provoca la modificación de sus

propios autores, del mismo modo que los progresos ulteriores provocarán la aparición de nuevas formas de actividad. Así, pues, la Historia humana deberá ser contemplada como una inmensa evolución continua, marcada por invenciones decisivas que han venido a transformar las condiciones de existencia social. Desde esta perspectiva, la humanidad constituye una unidad influida por la evolución de sus propias invenciones.

En los escritos posteriores a 1816, Saint-Simon dejará de referirse, prácticamente, a esta teoría de la evolución humana, dedicándose al estudio exclusivo de las sociedades modernas; sin embargo, no por ello abandonó las consecuencias metodológicas de esta teoría. Este evolucionismo le permite excluir toda observación que no tenga en cuenta la evolución del objeto considerado: interrogarse sobre una clase social o sobre una institución significará necesariamente interrogarse sobre sus orígenes, sobre sus transformaciones y sobre su eventual decadencia. Así, por ejemplo, no podemos considerar una religión como una institución eterna, ya que ésta hipótesis no hace más que poner de manifiesto una debilidad del espíritu científico. La hipótesis evolucionista obliga a interrogarse sobre las causas y condiciones de existencia, obliga a buscar las respuestas en la evolución en que toda realidad se inscribe.

Por tanto, nada puede ser considerado natural: toda forma humana o social deberá ser tratada como una creación social y contemplada como tal. Saint-Simon aplicará este método, en particular, a los hechos culturales: subraya con insistencia que una cultura, en sus formas más simples, es una creación progresiva que cada individuo adquiere en el curso de un aprendizaje. El ejemplo de los niños que han crecido al margen de la sociedad es considerado por Saint-Simon como un importante fenómeno que ilustra claramente este aspecto. En la Memoria sobre la ciencia del hombre, se refiere ampliamente a la historia de El salvaje del Aveyrón a fin de demostrar que este niño no tenía ninguna de las ideas consideradas naturales y ningún rasgo de esta inteligencia que se creía propia del hombre; pero sobre todo subraya este ejemplo para recordar que todo desarrollo de la inteligencia está condicionado por un aprendizaje social y se apoya en un conjunto de creaciones colectivas, la más importante de las cuales fue la invención de los signos de convención.

En fin, este evolucionismo ofrece una nueva justificación a la impugnación de la metafísica, al mostrar que las cuestiones que ésta planteaba no podían recibir respuesta. Saint-Simon zanja rápidamente el tradicional debate entre el materialismo y el espiritualismo diciendo que se podría acusar perfectamente el materialismo de idealismo, puesto que convierte la materia en una idea, y al espiritualismo de materialismo, puesto que substantifica una abstracción. Ocurre en realidad que la teoría de la evolución universal cierra estos falsos debates al mostrar que no es posible interrogarse legítimamente sobre un término artificialmente aislado. Resultaría vano, por ejemplo, comentar la idea de divinidad: la teoría de la evolución propone buscar únicamente de qué modo se ha constituido esta idea, qué función desempeña en la práctica social y a qué corresponde en la

acción individual. La ciencia acaba con estos debates, reemplazándolos por cuestiones positivas Saint-Simon formula aquí la respuesta que Marx encontrará también: ya no se trata de oponer el materialismo al idealismo, sino de comprender que estas dos filosofías correspondían a dos prácticas sociales complementarias.

III. La filosofía de la Historia

Al abordar el saber histórico, Saint-Simon se aproxima más al objeto que se ha fijado: la comprensión de los fenómenos humanos. Y, en el desarrollo de su pensamiento, su reflexión sobre la Historia es tanto más profunda cuanto mayor es su dedicación al estudio concreto del objeto social.

En 1813, en su Memoria sobre la ciencia del hombre, considera que la ciencia social debe constituirse a partir de la organización sistemática de las dos ciencias fundamentales: la fisiología y la Historia. Respecto a las aportaciones de los demás autores, se propone constituir un “todo sistemático” con las ideas formuladas por Vicq-d’Azyr, Bichat, Cabanis y Condorcet: los tres primeros aportaban esencialmente los elementos de un conocimiento del individuo; el último proponía un primer modelo de la evolución de la especie humana. Es a este conocimiento profundo de la Historia y de su evolución que hay que exigir, en particular, una respuesta al futuro inminente de la sociedad. En la medida en que la fisiología social se pretende práctica, debe lograr un conocimiento de la evolución y de sus necesidades inmediatas.

Pero no puede recurrirse a la Historia si realizar antes una crítica de los trabajos históricos tradicionales. Saint-Simon rechaza el conjunto de los trabajos parciales, y critica en particular los métodos de división utilizados generalmente. Estas divisiones, dice, “han sido obtenidas siempre a partir de los acontecimientos secundarios o locales”: los historiadores sólo han tomado en consideración los acontecimientos políticos, religiosos o militares, “no se han situado en un punto de vista suficientemente elevado”. Esencialmente, una verdadera ciencia de la Historia debería tener como objeto el conocimiento de las civilizaciones: en vez de detenerse en los detalles, debería “darnos una idea mínimamente neta y justa de la marcha de la civilización”, o, en otros términos, describir “el desarrollo del estado social”. El objeto de este saber sería, entonces, distinguir y describir los grandes tipos de civilización, mostrar la dinámica que caracteriza a cada uno de estos estados: de este modo, permitiría abordar las orientaciones de la sociedad presente.

La obra de Condorcet ofrece, pues, un primer modelo de este nuevo saber y, a pesar de las reservas que formulará, Saint-Simon verá siempre en ella el primer intento de elaborar una verdadera historia del hombre y de las sociedades. Veía en el Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano el primer intento de replantear el pasado en su totalidad y de situar en un proceso los diferentes tipos de sociedades. Por primera vez el historiador ya no se limitaba a describir hechos aislados, sino que intentaba integrarlos en “épocas” a fin de poner de manifiesto su relatividad. Y precisamente porque juzga importante diferenciar claramente su propio método de un modelo con el que corre el riesgo de confundirse, las críticas que Saint-Simon formulará contra la tentativa de Condorcet serán mucho más rigurosas y profundas.

De hecho, la primera crítica de Saint-Simon a la obra de su predecesor es ya decisiva: le acusa de defender una tesis, el progreso hacia la igualdad, en vez de limitarse, en tanto que estudio histórico, a la descripción y a la explicación. Toda la obra de Condorcet arrastrará esta deformación esencial debida a los prejuicios de un autor ansioso por imponer sus creencias políticas a la descripción; el resultado, más que una historia, es una novela: “No es en absoluto una historia lo que ha esbozado: es una novela; no ha visto las cosas tal como son, sino tal como quería que fuesen.” Seguir en el camino iniciado por Condorcet significará, pues, reemplazar los prejuicios personales del escritor por una explicación de los hechos, inspirándose así en las reglas generales de las ciencias naturales. La obra de Condorcet constituye un ejemplo de esta fase intermedia entre lo conjetural y lo positivo, en la cual la preocupación por lo concreto empieza a reemplazar las ilusiones de la época conjetural, pero en la cual subsisten todavía formas de pensamiento características del período precientífico. Constituye un ejemplo de este período crítico en el cual determinadas nociones abstractas -el espíritu, la igualdad- impiden una verdadera observación de lo concreto.

A partir de aquí Saint-Simon pone en duda la validez de los principios esenciales de Condorcet: el espíritu y el progreso. Señala rápidamente que el autor del Esbozo cometió el grave error de no estudiar más que las creaciones del espíritu las obras de la “carrera especulativa”, ignorando que el desarrollo no se debe únicamente a las invenciones teóricas, científicas o filosóficas. Esta crítica, a pesar de su rápida formulación, es fundamental, y será confirmada en todos los escritos posteriores: la preocupación principal del industrialismo consistirá en demostrar que las transformaciones de los sistemas industriales no se deben únicamente a los descubrimientos intelectuales sino sobre todo a la presión de los cambios en el campo de la producción. En particular, el advenimiento de la sociedad industrial no será provocado únicamente por la extensión del saber positivo sino también por los avances de la industria, es decir, tanto por el desarrollo de los medios técnicos como por el desarrollo de los medios intelectuales. Así, pues, la noción de progreso del espíritu deberá ser sustituida por el de desarrollo de la industria; habrá que introducir el estudio positivo de las “facultades productivas” y de las consecuencias de su extensión allí donde Condorcet no veía más que un progreso del pensamiento.

Pero esta crítica impugna la misma noción de progreso. En efecto, el objetivo de Condorcet era demostrar la existencia de este progreso y probar que la sociedad en que él se insertaba era la más avanzada en el camino de este perfeccionamiento. Saint-Simon hace en este sentido una observación que invalida este proyecto de Condorcet; señala que la sociedad moderna no es en todos sus aspectos superior a las sociedades antiguas. Es superior a ellas en el campo de las ciencias y de la técnica, pero inferior en otros campos, especialmente en el de las artes. El ejemplo de Grecia y de la perfección de sus artes ilustra esta inferioridad y pone claramente de manifiesto la imposibilidad de postular un progreso general de todas las facultades humanas. Podemos imaginar, en cambio, determinadas perfecciones alcanzadas por algunos pueblos y que ninguna civilización posterior ha sido capaz de poseer. Por otra parte, Saint-Simon no pretende establecer un cuadro definitivo de la evolución humana; a veces sugiere una cronología compuesta de cinco períodos, tomando como criterio los sistemas religiosos y filosóficos tal como hará más tarde Auguste Comte en la ley de los tres estados; otras veces propone una serie de doce “términos” que va desde la fase de indistinción con la animalidad hasta la era industrial, tomando como criterio las formas materiales, políticas e intelectuales. En realidad, Saint-Simon no considera posible establecer una clasificación definitiva que reúna en un esquema único y unilateral toda la historia de la Humanidad. Por útiles que sean, estas tentativas revisten para Saint-Simon un carácter provisional. En cambio, resulta posible y científicamente necesario analizar de nuevo la evolución limitada sufrida por los pueblos europeos desde la Edad Media. Ya no se trata entonces del progreso de la Humanidad, sino de la historia concreta de sistemas sociales dotados con una continuidad histórica, puesto que el sistema industrial tiene sus orígenes en las sociedades feudales. La noción de progreso adquirirá así un significado preciso y podrá ser objeto de un estudio positivo, pero será aplicada a objetos limitados tales como el desarrollo de las ciencias o de los medios industriales. Ya no será posible entonces hablar de un progreso constante y general, sino que, por el contrario, la observación pondrá de manifiesto la existencia de progresos que se oponen a regresiones particulares: al progreso de la ciencia se opondrá, por ejemplo, la desorganización política.

IV. La economía política

Estas dudas de Saint-Simon en lo que se refiere a los criterios del desarrollo indican claramente que antes de sus obras sobre La industria no logró dar una respuesta satisfactoria a las cuestiones planteadas. Las críticas a Condorcet manifestaban su desacuerdo con una interpretación intelectualista de la evolución social, pero no proponían una nueva explicación. La cuestión del porqué de la evolución no estaba formulada claramente, y Saint-Simon parecía conformarse con un punto de vista descriptivo, escogiendo sus criterios según las necesidades provisionales de su reflexión. Antes de 1816, proclamaba el valor de los métodos biológicos y la urgencia de suministrar explicaciones en el campo de las ciencias del hombre, sin dedicarse, no obstante, a describir y a sistematizar tales explicaciones. Este problema de la explicación sólo pudo abordarlo al

recurrir a los trabajos de la economía política, haciendo posible, así, la introducción del método de las ciencias de observación “en las cuestiones políticas”.

Desde el punto de vista de los métodos, el recurso a la economía política –que permite explicar la evolución social- significará una ruptura decisiva en el pensamiento de Saint-Simon. Esta respuesta obligará al pensamiento a volver incesantemente a esta cuestión y a abordar todos los problemas desde una perspectiva causal. Así, pues, las obras posteriores a La industria resolverán muchas cuestiones que hasta entonces no habían tenido respuesta.

Sin embargo, es necesario precisar de qué modo utilizó Saint-Simon los trabajos de los economistas que conocía, Jean-Baptiste Say en primer lugar, y Adam Smith. Al margen de la importancia que les concediera, no se preocupó apenas de considerar en detalle sus demostraciones o sus discusiones acerca de los modos de producción y de distribución de la riqueza. Para Saint-Simon, el interés de estas investigaciones no reside tanto en el contenido de la ciencia económica como en las conclusiones relativas a la evolución de las sociedades que pueden obtenerse de ellas. En vez de estudiar los problemas económicos en sí mismos, se interrogará sobre el hecho del desarrollo industrial y se preguntará cuáles pueden ser las consecuencias de este desarrollo en la organización de las sociedades.

Saint-Simon expone con gran claridad esta posición al comentar el Discurso preliminar que Jean-Baptiste Say había escrito como prefacio de su Tratado de economía política. Jean-Baptiste Say subrayaba que una ciencia había de determinar con precisión su campo de aplicación, y limitaba claramente el objeto de la economía política al estudio exclusivo de la producción, de la distribución y del consumo de riqueza. Advertía al lector que sería erróneo esperar que la economía política se erigiera en “ciencia de la organización de las sociedades”, dado que precisamente, había de limitarse a su propio ámbito y evitar toda confusión con los debates políticos. Y añadía, como justificación de la autonomía de las ciencias económicas, que el estudio de las formas políticas resultaba perfectamente inútil, puesto que la prosperidad económica era independiente de las formas políticas. “Un Estado puede prosperar –escribía- bajo todas las formas de gobierno.”

Saint-Simon rechazará estas dos afirmaciones, dando así a la economía política un significado completamente diferente. Subraya, en primer lugar, que no es posible convertir en “dos cosas distintas y separadas la política y la economía política”. Fiel a su hipótesis principal, que contempla los problemas sociales en su conjunto, y habiendo afirmado siempre que los distintos órganos del cuerpo social constituyen una totalidad, Saint-Simon no puede admitir la separación propuesta por el economista. Por el contrario, el problema esencial residirá en el estudio de las consecuencias del desarrollo industrial sobre las formas sociales en su conjunto. Será necesario investigar qué tipo de organización social

correspondió a una determinada fase de desarrollo de las artes y de los oficios: cuáles fueron, por ejemplo, las consecuencias sociales de un débil desarrollo de las “facultades productivas”. Más aún, habrá que investigar qué organización social correspondería a una producción industrial altamente desarrollada.

Según Saint-Simon, el error de J.-B. Say aparece claramente cuando se intenta aplicar su principio a las sociedades postfeudales. Tal vez era cierto, en una sociedad feudal, que las formas políticas gozaban de una cierta independencia respecto a las formas de producción: en un sistema de este tipo, la industria podía transformarse sin producir consecuencias inmediatas en la organización general del cuerpo social. En 1816, Saint-Simon comprende que las sociedades europeas están entrando en una nueva fase de su evolución, en la cual, precisamente, la actividad económica, “la industria”, tiende a convertirse en la fuerza esencial de la sociedad: ésta se apoya “enteramente... en la industria”. La novedad radical de las sociedades modernas es ésta: la importancia del desarrollo industrial, subrayada por los economistas, reserva a la industria las funciones predominantes. A partir de este momento, el observador social debe enfrentarse a una tarea que J.-B. Say quería proscribir: estudiar las relaciones entre la economía y la política, mostrar cuáles son los caracteres que la actividad económica tiende a imponer a la organización social.

De este modo, Saint-Simon, utilizando libremente las obras de economía política, podía seguir en la vía de sus preocupaciones anteriores, dándoles, sin embargo, un sentido completamente distinto. En sus primeros escritos afirmaba que las sociedades modernas habían de buscar en el trabajo la solución de sus divisiones, y creía posible transformar la sociedad por medio de una asociación de trabajadores. Pero, siendo incapaz de demostrar esta afirmación se abstenía de desarrollarla. En cambio, la lectura de la economía política, al hacerle descubrir la existencia de leyes y mecanismos de regulación en el seno de la producción, le permite suponer que la actividad social está subordinada a necesidades que es preciso analizar. Para Saint-Simon, esta nueva dimensión queda ilustrada con la experiencia de la Restauración, en la cual los intentos de solución política fracasan ante las necesidades de la nueva organización social y económica. Ello provoca un cambio radical en las preocupaciones industriales formuladas en sus primeros escritos: ya no se trata ahora de desear únicamente el advenimiento de una sociedad entregada a la producción, sino ante todo de analizar los caracteres propios de la actividad industrial y de demostrar que ésta condiciona los rasgos esenciales de la sociedad en su conjunto. Y, en particular, habrá que demostrar que el desarrollo industrial ha constituido, en las sociedades que han aparecido después de la época medieval, el hecho determinante de la evolución histórica, la causa del derrumbamiento del sistema feudal o, en otros términos, el motor de la evolución histórica.

Saint-Simon elaboraba así una nueva teoría de la sociedad y, al mismo tiempo, un nuevo método de pensamiento. En efecto, afirmar que la industria constituye la fuerza esencial y determinante de las sociedades modernas, implicaba una forma particular de abordar la

realidad social y los fenómenos políticos. Al oponer la actividad productiva a las estructuras políticas, Saint-Simon introduce en el seno de la totalidad social una división, una distinción entre ambos niveles, e invita a plantear en estos términos los dinamismos sociales; a partir de ahora, será necesario investigar si la evolución de las relaciones económicas implica cambios o trastornos en las formas políticas, investigar si la lenta evolución de los fenómenos económicos puede tener como consecuencia revoluciones brutales en el plano político. Al mismo tiempo, quedará planteado el problema de las determinaciones; Saint-Simon, en efecto, no se limita a subrayar la creciente importancia de los fenómenos económicos –importancia que otros autores liberales habían destacado también–, sino que pretende además establecer una relación de condicionamiento o de causalidad entre el plano de los determinantes económicos y las estructuras políticas. Vemos así hasta qué punto Saint-Simon estaba en desacuerdo con las filosofías del progreso y, en particular, con la obra de Condorcet: podía estimar, en efecto, que un discurso sobre el progreso del espíritu no proponía ninguna explicación de los hechos estudiados y, por tanto, ningún método positivo que permitiera la comprensión de su dinámica esencial. Podemos ver aquí, también, una de las razones de la excepcional difusión del pensamiento de Saint-Simon y de que llegara a ser equiparado, por algunos de sus contemporáneos, al pensamiento de Hegel. Precisamente, el interés de esta problemática “positiva” aparecía con toda su evidencia al ser confrontada con la riqueza del pensamiento hegeliano. Para los intelectuales de la década de 1830, Saint-Simon debía presentarse como el creador de un nuevo método orientado al examen de fenómenos concretos y susceptible de aportar explicaciones precisas a las transformaciones sociales. Al mismo tiempo, Saint-Simon ofrecía el ejemplo de un pensador “práctico”, puesto que su reflexión se refería constantemente a los cambios sociales y se esforzaba por participar en ellos al invitar al espíritu a interrogarse sobre el mundo existente no ya para contemplarlo sino para transformarlo.

Construido, pues, a través de una serie de confrontaciones con las demás ciencias, el método de Saint-Simon ofrecía un modelo muy elaborado y a la vez complejo. Y sólo en las aplicaciones concretas podremos ver cómo es corregido e interpretado. Será necesario, en especial, precisar de qué manera interpreta Saint-Simon sus propios principios relativos a la observación de los fenómenos sociales, a la definición de los hechos y a la acción práctica. Muchas de sus fórmulas corren el riesgo de sugerir un positivismo sociológico, particularmente limitado, que reduciría las relaciones sociales a relaciones físicas (el “fisicismo”), y el objeto social a un hecho tan fácilmente observable como los fenómenos materiales. El propio Saint-Simon compara a veces al pensador social a un observador ideal que, por encima de su compromiso histórico, llega a un saber desinteresado. Estas fórmulas han contribuido a que Saint-Simon fuese considerado como uno de los fundadores del positivismo, lo cual es innegable, pero también han permitido que su método fuera reducido a un cientismo elemental, lo cual es totalmente inadmisibile.

Para Saint-Simon, en efecto, la regla fundamental es la necesidad de la observación: la ciencia del hombre sólo puede constituirse a través del examen objetivo de los fenómenos, sin dar entrada a la actividad imaginativa propia de la literatura o de la religión. Pero Saint-Simon no coloca al observador en una actitud distante y pasiva, no convierte al pensador en una pura mirada, sino que subraya con gran lucidez que los hechos no están dados y que la observación es en realidad una investigación activa y apasionada. En un pasaje de singular clarividencia da, al observador social, cuatro consejos; primero, llevar “una vida lo más original que se pueda”; segundo, “conocer todas las teorías científicas, y particularmente las teorías astronómicas y fisiológicas”; tercero, “recorrer todas las clases de la sociedad”; y, en fin, resumir todas las observaciones en una teoría sintética. Así, pues, no basta con iniciarse en los métodos de la observación y adquirir una formación científica positiva; es necesario, además, participar en la vida social de la forma más activa posible, a fin de descubrir en ella las relaciones que pasan desapercibidas. E incluso puede resultar conveniente crear relaciones, suscitar experiencias que la realidad no ofrece. En efecto, el tercer consejo es enunciado en estos términos: “Recorrer todas las clases de la sociedad; situarse personalmente en el mayor número de posiciones sociales distintas, e incluso crear, para los demás y para sí mismo, relaciones hasta entonces inexistentes.” El pensador social no puede, pues, situarse al margen de la sociedad a fin de contemplarla, sino que, además de integrarse sucesivamente a las diferentes clases sociales, además de convertirse en un observador activo, debe actuar en tanto que creador: ha de suscitar situaciones, inventar relaciones que puedan resultar provechosas. La síntesis teórica no será un simple sumario de las observaciones, sino una teoría nacida al mismo tiempo de las observaciones y de las experiencias vividas por el pensador.

Saint-Simon demostró haber seguido este consejo. En efecto, la gran diversidad de sus experiencias había de permitirle penetrar en medios muy diferentes, nobles, militares, campesinos, científicos e industriales. Sus preocupaciones políticas habían de darle también un agudo sentido de la inserción histórica del creador, corrigiendo así las simplificaciones en que caían algunas de sus fórmulas. Más aún, esta concepción de la observación permite una delimitación precisa del objeto social, de la realidad observada. Saint-Simon demostrará en sus estudios concretos que la realidad no se presenta al observador como un hecho la sociedad objeto de estudio enmascara siempre los fenómenos esenciales. Los cambios potenciales de la sociedad moderna quedan ocultos, precisamente, tras el decorado de la vida política, y pocos espíritus logran descubrir su movimiento. La necesidad de crear una nueva teoría capaz de describir la realidad proviene justamente de la no evidencia de esta realidad. Sólo podrá ser descubierta a través de una actividad de creación, puesto que el pensador debe suscitar experiencias, crear relaciones que no existen, probar a los demás y probarse a sí mismo: lo real no es una cosa que pueda ser designada, sino un conjunto de relaciones que hay que descubrir y constituir.

Ésta es la razón de que la previsión en el campo de las ciencias sociales no pueda ser asimilada a la previsión propia a las ciencias de la Naturaleza. También aquí el esquema positivista, que establece una distinción entre el momento del conocimiento y el momento

de la previsión, resulta inadecuado a la concepción de Saint-Simon. Para Saint-Simon, indudablemente, la ciencia social permitirá dibujar las grandes líneas de las futuras evoluciones; pero no bastará, a tal efecto, aplicar simplemente al futuro un saber referido al pasado. El pensador social, además de conformarse a las reglas de la observación, deberá recurrir a otras facultades: sólo a través de una determinada actividad imaginativa podrá construir una imagen de la futura sociedad que sea al mismo tiempo un nuevo elemento en la práctica social. En efecto, todas las indicaciones relativas al hecho social y a las reglas de la observación deben ser corregidas en función de la naturaleza del objeto estudiado: las relaciones sociales y las instituciones no son únicamente datos susceptibles de estudio, no se limitan a ser formas móviles e históricas, sino que son al mismo tiempo formas vivas sostenidas por las intenciones y los proyectos de los actores sociales. Esta observación será aplicada de forma distinta a cada una de las organizaciones sociales, pero cobra su pleno sentido en una sociedad industrial, en la cual la actividad social tiene como soporte un verdadero proyecto colectivo. El pensador social no debe, pues, anunciar un futuro mecánicamente determinado, sino que debe participar, según su función particular, en el complejo conjunto de las actividades sociales. Es también en términos de actividad, en términos de asociación orgánica o conflictual de las acciones, como habrá que concebir los objetos generales del saber social: los sistemas sociales.

Se agradece la donación de la presente obra a la Cátedra de Informática y Relaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

<http://www.hipersociologia.org.ar/base.html>

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).